

La novela, el mito y la fantasía individual del neurótico

José Antonio Orejel Alvarez¹

En este escrito se realizará un recorrido de las obras principales de Freud y Lacan que versan sobre los temas de; la novela, el mito, el lenguaje, la repetición y la fantasía en tanto tópicos relacionados con la estructuración subjetiva.

De tal modo, que se describirá la forma en la que el sujeto adviene en el lenguaje a través de su relación con el Otro y queda marcado por los significantes fálicos que éste le inscribe en una relación erótica, mismos que funcionan como iteradores que despliegan un orden lógico, a partir del cual un sujeto desempeña ciertas repeticiones inconscientes, cuya pretensión no es más que tratar de resolver los enigmas de la lógica simbólica en el Otro.

Análogamente correlacionaremos las nociones tanto del mito como de la novela familiar del neurótico, no sin incluir el caso freudiano de una neurosis obsesiva de 1909, mismo que retoma Lacan en 1954, para mostrar cómo es que el sujeto despliega una estructura a partir de un complejo de relaciones simbólicas.

Mismas relaciones simbólicas que funcionan como garantes que el sujeto utiliza para significarse y dar sentido a su existencia, en tanto le proporcionan una posible explicación mitológica sobre su origen, brindando un consuelo y esperanza ante la angustia de no saber quién o qué cosa es en el mundo.

En ese sentido, retomaremos el texto de “*Función y campo de la palabra en Psicoanálisis*” escrito por Lacan en 1953, para detallar el papel que desempeña el lenguaje para la estructuración subjetiva y la introducción del significante en el cuerpo.

¹ Psicoanalista miembro de Espacio Analítico Mexicano, Licenciado en Comunicación por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán UNAM y maestro en Teoría Psicoanalítica por el Colegio de Psicoanálisis Lacaniano. Contacto: joseantonie@hotmail.com

Por consiguiente iremos detallando cómo es que el neurótico apuesta su vida a la convicción de que existe un propósito que le fue encomendado por Otro, mismo que sabe y que garantiza que las cosas pasan por algo, así pues con este fiador el sujeto atiborra de sentido lo Real para reducir la angustia ante la incertidumbre y sincrónicamente no tomar responsabilidad de su deseo, ya que éste está puesto en el capricho de Otro que le protege, pero al mismo tiempo le incomoda.

En primer lugar, habría que entender que el sujeto desde la perspectiva del psicoanálisis opera sus relaciones afectivas desde una lógica simbólica en la que se le han instaurado permisiones y prohibiciones de acuerdo con su historia familiar, es decir, desde su mitología personal.

En ese sentido el mito resulta una especie de tejido constituido de relatos familiares que permiten al sujeto dar una explicación sobre su existencia y sobre su actuar en el mundo, dicha edificación principalmente instaurada por las creencias de los padres y de figuras importantes para la vida psíquica del sujeto.

Dicho lo anterior, podemos remontarnos al escrito de Freud titulado en 1908 "*La novela familiar de los neuróticos*", mismo texto en el que éste describe que "para el niño pequeño, los padres al comienzo son la única autoridad y fuente de toda creencia" (Freud, 1908: 217), es así que el infante al preguntarse por su origen, los únicos referentes que tiene para poder dar cuenta de quién es él y cuál es su proceder en la vida son los padres.

Los padres como agentes de cuidado y prohibición configuran la vida anímica del infante a través de la trasmisión de valores, costumbres, creencias, miedos, angustias, dolores y síntomas etc., así pues estas figuras principales le transmiten a través del lenguaje una posibilidad de estructuración subjetiva, pero al mismo tiempo lo encadenan a soportar una cultura predominante. Dice Lacan "La constelación del sujeto se forma en la tradición familiar por el relato de cierto número de rasgos que especifican la unión entre los padres" (Lacan, 1954: 23)

El Otro como encargado primario de la criatura humana, pervierte el instinto al hacerlo pasar por el tamiz de lo simbólico, sincrónicamente le obliga al infante a convertir sus

necesidades en solicitudes; en discurso y en vínculo social. Por lo que desde entonces, cada demanda resulta una producción de necesidad articulada en el lenguaje.

Por esta razón el niño pedirá lo que no connaturalmente necesita, ya que éste al entrar en las leyes del significante, quedará dividido y alienado sincrónicamente, pero marcado por la perpetua carencia de un goce completo correspondiente a un objeto perdido, un vacío que muy a menudo se intenta llenar y revestir de un modo muy patético y patológico.

Vale la pena decir que el lenguaje al simbolizar la cosa, la ausenta, la reemplaza y la usurpa para lograr representarla; es decir, el Otro ha decidido como nombrar eso que se supone que requiere la criatura y por lo tanto le da un lugar desde el cual lo significa.

Dicho lo cual, el Otro, fuente del lenguaje provee al infante de significantes y con ello estimula al viviente a entrar en una lógica simbólica sometido al intercambio de demandas y respuestas entre el sujeto y el Otro.

La entrada al lenguaje no solo son palabras, sino cualquier tipo de significantes, inscripciones y escrituras en el cuerpo del crío que se tejen a través de un intercambio erótico que describe Freud en el texto de 1905 en "*Tres ensayos de teoría sexual*", donde relata la forma en la que un infante crea vínculos eróticos frente a un Otro que le va proporcionando significados a sus necesidades, dando como resultado una especie de configuración psicosexual.

Dicha configuración cimentada en las zonas erógenas relacionadas con las fases que propone Freud; oral, anal, fálica, latencia y genital. Mismas en las que el infante va construyendo una forma de saber hacer con el placer y el dolor, edificando una lógica de relación erótica con el Otro.

Misma relación que permite acotar los umbrales y los bordes del placer-displacer al exponerse con lo diferente y hacerse marcar lo propio, es decir fabricar una manera de saber hacer con el goce del cuerpo, a través de un andamio simbólico cuyo arquitecto es Otro.

La propiedad erógena puede adherir prominentemente a ciertas partes del cuerpo. Existen zonas erógenas predestinadas, como lo muestra el chupeteo; pero este mismo ejemplo nos enseña también que cualquier otro sector de piel o de mucosa puede prestar los servicios de una zona erógena, para lo cual es forzoso que conlleve una cierta aptitud. Por tanto, para la producción de una sensación placentera, la cualidad del estímulo es más importante que la complejidad de las partes del cuerpo. (Freud, 1905: 166)

Dicho lo cual, será hasta 1913 en el texto titulado “*Tótem y tabú*”, cuando Freud describirá un acto que inaugura una forma de regulación simbólica, se trata pues del atentado del padre primordial, mismo que acaparaba todas las hembras de la tribu, celoso y violento, quien fue asesinado por sus hijos que le odiaban y luego devorado.

El muerto se volvió aun mas fuerte de lo que fuera en vida; todo esto como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos. Lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la obediencia de efecto retardado [Nachträglich] (Freud, 1913:145)

Este acto parricida inaugura la conciencia de culpa, ya que el padre se ha simbolizado e instaura en forma de ley cuyo poder y respeto es mayor que cuando estaba vivo, desde esta conciencia de culpa por el asesinato del padre por parte de los hijos varones brotaron las dos prohibiciones totémicas:

Queda prohibido matar al animal totémico, es decir al representante del clan o en términos modernos el fundador de la familia, ya que si otro integrante de ésta ocupa el lugar del padre habría que matarlo por ser el dominante.

La segunda es la prohibición al incesto, la cual establece que no es posible gozar de todas las mujeres del clan, sino que habrá algunas que son para el intercambio que promueve la exogamia.

Por esta razón, ambas prohibiciones decretan una coexistencia inédita entre los integrantes de una tribu, una nueva regulación simbólica enfocada en preservar la familia y evitar su autodestrucción.

En este sentido, introducirse a una cultura implica cierta renuncia pulsional y sincrónicamente una construcción mitológica de la existencia, misma que surge mediante el lenguaje en interacción con el Otro; es decir el sujeto fabrica un “Yo” (Moi) que utiliza como soporte para orientar su goce frente a una Ley, misma obra que le permite acceder al mundo social para vincularse con los otros, no sin castración.

Este ingreso cultural no es sin el lenguaje, ya que éste se puede definir como un conjunto de operaciones lógicas de: prohibición y permisión, de presencias y ausencias; mismas que van regulando al sujeto y sus relaciones con el entorno a través de esta lógica simbólica, exigiendo una prohibición al incesto y propiciando la exogamia.

Dicho lo cual, será mediante el Complejo de Edipo cuando el infante advenga como sujeto del mito, ya que este complejo se vive como un conjunto de relaciones entre agentes con los que convive una criatura para posibilitar su estructuración subjetiva y permitirle el acceso a determinada cultura, es decir, la entrada del significante en el cuerpo de un cachorro humano. “El complejo de Edipo, tiene un valor de mito” (Lacan, 1954;16)

Luego entonces el niño avanza en su desarrollo intelectual y va tomando conciencia de las categorías a las cuales pertenecen sus padres y las compara con las de otras familias cómo es que éstas coinciden y se diferencian con la suya.

Es así que el infante encuentra fallas e inconsistencias en el relato que sus padres le han contado sobre sí mismo, sobre su origen, sobre su familia; ya que éstos le describen los sucesos históricos de manera fragmentada y no toda expuesta, debido a que hay acontecimientos en toda familia que se ocultan o se omiten por temor a que los niños sientan vergüenza, culpa o asco de pertenecer a ese clan.

De tal modo que, el niño emprende toda una búsqueda a propósito de los enigmas que sus padres no esclarecen, ya que éste no está conforme con la versión que le han contado o que quizá no logró entender del todo; debido a que las explicaciones de sus progenitores se

limitan a mensajes implícitos en algunas conversaciones familiares, por ejemplo; cuando un niño pregunta sobre algún tema o ancestro repudiado por la familia y sus padres le contestan de manera tajante con un “De eso no se habla en esta casa”.

Pequeños sucesos en la vida del niño, que le provocan un talante descontento, le dan ocasión para iniciar la crítica a sus padres y para valorizar en esta toma de partido contra ellos la noticia adquirida de que otros padres son preferibles en muchos aspectos (Freud, 1908: 217).

En virtud de ello, el niño comienza a elaborar una fantasía que está relacionada con la posibilidad de tramitar y esclarecer las inconsistencias de ese supuesto mito originario, por lo que también habría una carga simbólica a partir de lo que no se le explica el infante o que simplemente éste no logra entender del todo o que quizá no acepta y está inconforme.

Esta fantasía se despliega en un primer momento mediante de los juegos del niño, cuando a través de éstos él actúa desde ese libreto fantasmático inconsciente que construyó mediante su vivencia frente al Otro, a veces mejorando la escena para tratar de entenderla, no obstante repitiéndola una y otra vez, siempre representando un conflicto entre el ideal y su realidad.

Toda realidad humana, no es otra cosa que el montaje de lo Simbólico y de lo Imaginario; ella se distingue de lo Real, que nunca es más que entrevisto, cuando la máscara, que es la del fantasma, vacila. (Lacan, 1966; Clase 1)

En resumidas cuentas, lo que se trasmite en los discursos familiares es una especie de legado sobre algo que en la operación lógica del mito falla y que por lo tanto se intenta remediar constantemente mediante nuevas articulaciones simbólicas.

Es decir, recordemos que el *Falo* al ser el significante de la falta del Otro, tiene una doble función, ya que sincrónicamente al velar una falta la revela, puesto que no tendría que cubrirse lo que no falta, ni remediarse lo que no falla.

Es así que ciertas familias se sostienen ocultando la castración mediante la exhibición exacerbada de elementos fálicos, que no hacen más que evidenciar las castraciones a las cuales estuvieron sometidos sus ancestros.

Por lo que el relato familiar se sostiene para las generaciones futuras como la manera de saber hacer para resolver la castración, misma que atañe a una estructura familiar, por lo que es común escuchar en los padres una justificación de sus acciones mediante la educación de sus hijos bajo la leyenda de “es por tu bien”, “te toca hacer esto porque es tu obligación” o “tú nunca deberías hacer esto”.

En este sentido, podríamos pensar que toda la mitología proviene de una falta de explicación sobre el origen, o que todo origen es mítico, tal como lo revela el libro del Génesis de la Biblia que se sostiene luego de una falta y de un pecado original, una supuesta deuda que se tiene que recibir y solventar. En ese sentido. Cuando yo digo en el origen, se trata de un origen lógico y no de otra cosa (Lacan, 1966; Clase 5)

Luego entonces, al incorporar esa lógica simbólica reafirmar el apellido y desenredar las faltas de un Padre simbólico, ya que los *Fallos* familiares no hablan sino de las faltas en la estructura familiar. Tal como lo podemos escuchar popularmente en los chistes que se hacen sobre ser mexicano, mismos que sincrónicamente revelan una falta y la cubren al exaltar el nacionalismo.

No obstante, es importante precisar que el Padre simbólico es a nivel de la ley, por lo que no precisamente está relacionado con figuras masculinas ni con los progenitores, sino más bien ese agente que regula el goce.

Dicho lo anterior, podemos remontarnos al caso del hombre de las ratas de 1909, ya que en este texto, Freud describe una trama de relaciones que escenifican de manera estructural el desplazamiento significativo que ocurre entre las palabras *Ratten*, *Raten*, *Spielratte*, *Heiraten*, cuya participación medular de cada una de ellas tiene que ver con la constitución mítica y regulación del goce del señor Lorenz (hombre de las ratas) con respecto a su padre.

En este sentido, intentaremos hacer un breve desarrollo de estos elementos para desplegar toda esta narrativa fantasmática que sostenía a este sujeto en un lugar y bajo ciertas condiciones, delimitadas por el papel que juega dentro de su propia historia familiar.

Este hombre de escasos veintinueve años llega con Freud a razón de padecer ciertas representaciones obsesivas, mismas que tienen relación, según este individuo, con un temor recurrente de que le suceda algo terrible a su padre y a una joven que él quería mucho.

Así pues, este temor había sido desencadenado al escuchar, durante sus maniobras de instrucción militar, al Capitán Novak quien relata que en cierto lugar como castigo un hombre es atado y sobre su trasero se coloca un tarro dado vuelta, luego entonces se hacen entrar ratas (Ratten) que penetran en su ano.

No obstante, cuando el señor Lorenz insiste en la narración del aparente castigo de las ratas que podría sucederle a sus seres queridos, Freud escucha un cierto tipo de horror fascinado que le permite cuestionar el tan nombrado significante.

En este contexto, este significante Ratten funcionó como actualizador de temas de angustia y de síntomas de neurosis obsesiva, ya que desde la primera entrevista a propósito de la comunicación de los honorarios, este sujeto vincula el dinero, cuotas (Raten), con las ratas. “tantos florines, tantas ratas” (Freud, 1909: 168), misma asociación que develaba la relación con la idea obsesiva de devolver el monto del reembolso al capitán.

Dicho pago que el teniente Lorenz se había prometido a nivel de juramento incluso tras haberse dado cuenta que su fundamento era erróneo, no obstante, en el transcurso del análisis, esta deuda estaría en relación con otro significante “Spielratte” (Freud, 1909: 167) que le remitía a cuando su padre en una ocasión jugando a los naipes pierde una importante suma de dinero que jamás había sido saldada, Spielratte significa jugador empedernido, literalmente “rata de juego”.

Del mismo modo, otro evento incluido en esta estructura mitológica resuena en el relato del señor Lorenz, ya que resulta que su padre había tomado la decisión de casarse “Heiraten” (Freud, 1909: 168) con su madre únicamente para posicionarse en un nivel económico más elevado, evento que le resultaba ominoso a este sujeto y que le desencadenaba conflictos en relación a su propia elección matrimonial.

Esta palabra “Ratten” que insistía en el discurso del analizante fue la que le permitió a Freud desplegar una serie de significantes (Heiraten, Spielratte, Raten..) en relación a uno que parecía renovar temas de angustia.

Asimismo, dicha construcción discursiva en el análisis permitió al señor Lorenz desencadenarse de una situación en la que existía una doble angustia, por un lado al obligarse a cumplir ciertos actos que no correspondían con su deseo y sincrónicamente por el otro privarse de sus verdaderas intenciones inconscientes.

Significantes	Fallas del Padre
Ratten	Castigo de las ratas
Raten	Cuotas
Spielratte	Jugador implacable
Heiraten	Conflicto matrimonial

En el texto del mito individual del neurótico de 1954 Lacan lo que hace es acotar el mito a una lógica, para leerlo estructuralmente y descubrir las relaciones que el sujeto guarda con esa construcción, misma que le ha edificado, para descubrir el lugar del sujeto en el mito.

Asimismo Lacan en este seminario hace esta misma lectura que induce a tener una visión estructural parecida a la que hizo Claude Lévi-Strauss en correspondencia a la lectura de los mitos, donde se deja de lado la visión imaginaria percibida en el fenómeno, para concentrarse en cómo es que las relaciones determinan los lugares de los elementos. Por lo que al discernir las relaciones entre los elementos será posible comprender la estructura.

Se trata de algo que intentaremos expresar en una fórmula esencial que muestra como en el seno de la experiencia analítica se encuentra algo que hablando con propiedad, se denomina, mito. El mito es precisamente lo que puede ser definido como otorgando una fórmula discursiva a esa cosa que no puede transmitirse al definir a la verdad, ya que la definición de la verdad sólo se apoya sobre sí misma, y la palabra progresa por sí misma, y es en el dominio de la verdad, donde ella se constituye. (Lacan, 1954; 16)

Esta explicación mítica de la existencia, es producto del conjunto de operaciones simbólicas desde las que construimos nuestro imaginario, incluyendo nuestro “Yo” (*Moi*), por lo que la incapacidad de aceptar la diferencia y la afición por la repetición de vivencias está relacionado con la configuración mitológica de cada uno.

De acuerdo con esto lo que falta es lo que ordena el mito, es decir el *Falo*, ya que precisamente ese cuarto componente es el que va marcando la lógica de intercambios y de lugares entre los diversos elementos en el complejo de Edipo.

Asimismo en el mito individual del neurótico Lacan expone la manera en la que Ernst Lanzer (el hombre de las ratas) se sostiene entre los significantes fálicos donde el padre falla, donde el padre no supo resolver y ahí se encuentra el sujeto confundido.

Con-fundido en el sentido de que pareciera que a él le es destinado resolver temas que el padre no logró solucionar, ya que al mismo tiempo falló, pero obturó la fisura con un *Falo*, en ese sentido el mito es primordial en la configuración psíquica.

“Con la equiparación ratas-cuotas [Ratten-Raten] se burla al mismo tiempo de su padre, que una vez dijo a su amigo: «No soy más que un flojo {Laue}», en lugar de «lego» {«Laie»}, lo cual le produce terrible embarazo, como todos los signos de incultura en su padre.” (Freud, 1909: 229)

Debido a que la narrativa sobre el origen es la única herramienta que tiene el sujeto para dar cuenta de su existencia en el mundo, desde ahí sostiene esa garantía que le hace ser y presentarse frente a los demás, en ese sentido el “Yo” (*Moi*) es una construcción mitológica edificada vía el lenguaje.

Un niño se construye a partir de esos relatos parentales y justo ahí aparecen los síntomas similares a un acuerdo que resuelve incómodamente un conflicto, ya que los síntomas son creaciones encomendadas a solucionar las fallas en la estructura lógica de esa novela familiar.

En algunas ocasiones el “Yo” (*Moi*) resulta ser sintomático, debido a que delimita el actuar en el mundo de un sujeto que desde un guion imaginario se vive, frecuentemente de una manera muy doliente, ya que no coincide la insignia con el deseo del sujeto.

El infante al nacer soporta la angustia de la incertidumbre de no saber ¿Qué quiere el Otro?, por lo que para resolver ese enigma acude a su mirar, a su espejo, a sus relatos, a sus ocurrencias y a sus juegos, para desde ahí comenzar a edificar su fantasía.

Debido a que el niño al principio se hace una pregunta al encontrarse frente al Otro (*Che voi?*) ¿Qué quieres de mí?, pero la única posibilidad de respuesta es a través del deseo del Otro, es decir, ¿Cuál es ese deseo de paternidad y/o maternidad por el cual anhelaste traerme al mundo?.

En este sentido, el infante sostiene un enigma que tratará de esclarecer al igual que Edipo, ambos marcados con insignias que proceden de relatos que incluso anteceden a su nacimiento.

Es por ello que es momento de comentar otro texto titulado "*Función y campo de la palabra en psicoanálisis*" de 1953, donde Lacan puntualiza la importancia del lenguaje como elemento primordial para la estructuración subjetiva, ya que en éste nos hace pensar cómo es que el lenguaje estructura al sujeto y le hace ser, debido a que el sujeto es sometido a esos discursos, epígrafes, algoritmos y demás operaciones lógicas que provienen del Otro.

Esta figura del Otro es muy importante en la vida psíquica del niño, ya que el Otro es una función que implica el cuidado y la crianza que regula la energía pulsional, dosifica e inscribe todas las formas de creencias, valores, afectos y representaciones culturales a través de su interacción con el infante.

Es importante decir que quien está encargado de la crianza debe estar sometido a ciertos límites para que las inscripciones tengan efectos de estructura, es decir imponiendo regulaciones simbólicas al pequeño y haciéndolas válidas desde quien las provee mediante el lenguaje.

Por otro lado, en ese mismo texto de 1953, Lacan ha de sostener una crítica con respecto a la función que le daban los psicoanalistas a la palabra en la práctica del psicoanálisis, misma que se encontraba limitada a realizar una serie de interpretaciones de índole objetiva, cuya base estaba centralizada en aspectos técnicos y/o teóricos estandarizados.

De modo que , se intentaba imponer al significado por encima del significante, presuponiendo así un metalenguaje único y universal para todos los casos, no obstante Lacan ha de hacer un llamado a volver a la enseñanza freudiana para devolverle a la palabra su valor fundamental para el ser humano.

Para lo cual, Lacan ha de valerse de una distinción primordial entre la palabra vacía y la palabra plena, la primera de ellas se distingue porque el sujeto utiliza a las palabras como herramienta, por lo tanto su discurso resulta superficial. Por otro lado la palabra plena se produce mediante un trabajo analítico a través del cual el sujeto logra escuchar desde dónde y cómo articula sus demandas.

Porque si para admitir un síntoma en la psicopatología psicoanalítica, neurótico o no, Freud exige el mínimo de sobre determinación que constituye un doble sentido, símbolo de un conflicto difunto más allá de su función en un conflicto presente no es menos simbólico, si nos ha enseñado a seguir en el texto de las asociaciones libres la ramificación ascendente de esa estirpe simbólica, para situar por ella en los puntos en que las formas verbales se entrecruzan con ella los nudos de su estructura, queda ya del todo claro que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo ésta estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada. (Lacan, 1953: 260)

En un primer lugar, hemos de conducirnos a reflexionar el valor discursivo que actualmente tienen las palabras con las que nos relacionamos cotidianamente, mismas que se sostienen en el imaginario colectivo como un mero instrumento que funciona para intercambiar información de manera superflua, efímera y generalizada.

En este trayecto, el hombre describe el mundo desde una postura en la que no escucha lo que dice, pero se asume como dueño de su decir, ya que supone que existe una realidad externa y objetiva de la cual puede dar cuenta a través sus palabras; en ese sentido, al creer que todos compartimos una misma experiencia vivencial, carecemos de reflexión sobre lo que expresamos en nuestros discursos cotidianos.

De tal modo, que el poder de la palabra actualmente sólo se reserva a ciertas figuras de autoridad, quienes versan desde un lugar privilegiado que les autoriza para que sus alocuciones tengan validez ante los otros, tal es el caso de un sacerdote al recitar la palabra de Dios, algún maestro que imparte su clase en nombre de la Ciencia; o inclusive los padres que educan con Razón a sus hijos, en todos los casos anteriores se le concede a su palabra un estatuto de verdad incuestionable.

En este mismo estatuto podríamos ubicar al psicoanalista que el sujeto coloca en el lugar del sujeto supuesto saber (SsS), sin embargo, no profundizamos en este punto, ya que nuestra reflexión será encaminada hacia otros parajes; pero, vale la pena destacar una puntualización que Lacan hacen el texto del cual partimos con respecto a este tema.

De hecho esa ilusión que nos empuja a buscar la realidad del sujeto más allá del muro del lenguaje es la misma por la cual el sujeto cree que su verdad está en nosotros ya dada, que nosotros la conocemos por adelantado, y es igualmente por eso por lo que está abierto a nuestra intervención objetivamente (Lacan, 1953 : 296)

En este contexto, las palabras que se perciben como verdades indiscutibles y que además devienen desde un lugar privilegiado tanto pueden ayudar a sanar como a desarrollar enfermedades, tal es el caso de los medios de comunicación que difunden una serie de mensajes que no siempre van de acuerdo a principios saludables para el ser humano, sino que contrario a esto, están regidos con base en una lógica de mercado para sustentar un sistema socioeconómico imperante en el cual nos encontramos.

Por lo tanto, estamos permeados de discursos heterónomos de índole hegemónica inscritos en cada una de nuestras particularidades, mismos que han creado ciertas formas de percibir el mundo a manera de leyenda relatada y transmitida por generaciones, en este trayecto nos hallamos repletos de oraciones que uno expresa y que es presa, porque solo repite lo que le dijeron que al otro le relataron que le habían dicho.

Así pues, “Por vacío que aparezca ese discurso en efecto, no es así sino tomándolo en su valor facial: el que justifica la frase de Mallarmé cuando compara el uso común del lenguaje con el intercambio de una moneda cuyo anverso y cuyo reverso no muestran ya

sino figuras borrosas y que pasa de mano en mano “en silencio”. Esta metáfora basta para recordarnos que la palabra, incluso en el extremo de su desgaste, conserva su valor de tésera.” (Lacan, 1953: 244)

En este contexto, estamos inmersos en una sarta de discursos que no sabemos el origen de los mismos; sin embargo, seguimos creyéndolos, reproduciéndolos y actuando conforme a ellos, habría que preguntarse individualmente ¿qué de todas las acciones que hacemos tienen un fundamento propio?. Ya que incluso dice Lacan “hay personas que no habrían estado nunca enamoradas si no hubiesen oído nunca hablar del amor” (Lacan, 1953: 255)

Por lo tanto, desde esta perspectiva el orador es ajeno a sus palabras y en consecuencia ha de desprenderse de la responsabilidad de sus comentarios, hasta el punto en el que pierde la escucha de lo que el mismo dice de sí, empero, en este trayecto no caemos en cuenta que es justamente gracias a las palabras que construimos, destruimos y compartimos realidades.

No obstante, al no tener presente esto hemos de encaminarnos a versar cualquier cosa sin detenernos siquiera por algún momento a reflexionar sobre la misma, un ejemplo que podemos vislumbrar en la cotidianidad es la de algunos padres que en el proceso de educar a sus hijos les relatan una serie de mitificaciones con respecto a la realidad, tal es el caso en el que un niño pregunta a sus padres sobre su origen y ellos responden con una sarta de leyendas que ni ellos mismos entienden de donde han salido tales construcciones.

La ausencia de la palabra se manifiesta aquí por los estereotipos de un discurso donde el sujeto, podría decirse, es hablado más que habla él: reconocemos en él los símbolos del inconsciente bajo formas petrificadas que, al lado de las formas embalsamados con que se presentan los mitos en nuestras recopilaciones, encuentran su lugar en una historia natural de esos símbolos.
(Lacan, 1953: 270)

Consecuentemente, lo que se deja a un lado es la cimentación que el niño hace de tales relatos sobre los cuales edifica toda una fantasía donde él supone que tiene que sujetarse a un personaje para seguir dicha narración, que en algunos casos el encaminarse a ello será en contra de sus deseos.

No obstante, el niño ha depositado total confianza en la palabra de sus padres que colocados en un lugar de suma importancia para él, son capaces de brindarle una definición de su ser, ya que por sí mismo le resultaría imposible concederse ese esclarecimiento.

De igual forma, no es de sorprender que si a un niño sus padres le dicen que es un “tonto”, éste vaya por la vida encaminándose a cumplir ese objetivo hasta presumir dicho estatuto característico de un vocablo que deviene de Otro lugar.

Los símbolos envuelven en efecto la vida del hombre con una red tan total, que reúnen antes de que él venga al mundo aquellos que van a engendrarlo “por hueso y carne”, que aportan a su nacimiento con los dones de los astros, si no con los dones de las hadas, el dibujo de su destino, que dan las palabras que lo harán fiel o regenerado, la ley de los actos que lo seguirán incluso hasta donde no es todavía y más allá de su misma muerte, y que por ellos su fin encuentra su sentido en el juicio final en el que el verbo absuelve su ser o lo condena salvo que se alcance la realización subjetiva del ser-para-la-muerte. (Lacan, 1953: 269)

Asimismo, al continuar con más ejemplos donde la palabra en la vida cotidiana construye, degenera y combina realidades, hemos de remontarnos a los casos en que los mismos padres colocan un nombre a un niño de algún personaje histórico, antepasado o familiar muerto, no es sorprendente que el niño bajo dichas imposiciones y esperanzas sostenga algunas similitudes con ese personaje novelesco al que fueron comparados algún día. Semejanzas que aunque parecieran contrarias, siempre están en relación con ese rasgo característico que le han marcado desde incluso antes de su nacer.

Sin embargo, este fenómeno no es tan simple como lo hemos relatado hasta este momento, ya que gracias a que las palabras no tienen un significado universal es posible caer en el mal entendido e incorporar desde nuestra subjetividad el discurso que nos han contado de nosotros mismos.

En este recorrido, podemos identificar la conformación de un “Yo” (Moi) construido mediante discursos que provienen de otras instancias que tuvieron cierta relevancia para el

sujeto en distintas condiciones subjetivas, por lo tanto, éste se encamina a vivenciar un mero libreto que ya ha sido antes escrito por otros.

Sin embargo, el sujeto pierde de vista esta conformación de sí, ya que él se encuentra inmerso en una lógica simbólica que supone que el sujeto contiene sustancialmente una esencia inmutable la cual ha sido cimentada objetivamente desde una fuente autónoma, consecuentemente, él supone certezas que le dan seguridad a sus vivencias cotidianas.

Mismas convicciones que le permiten al individuo mantener un mito subjetivo que justifica sus acciones a propósito de sus aciertos y desatinos cotidianos, es decir, le da una excusa y al mismo tiempo un propósito necesario para poder sobrevivir.

Sin embargo, esta versión mitológica de sí mas que elegida le ha sido estipulada, no obstante el sujeto asume ese constructo discursivo que soporta un ser evanescente, dicha circunstancia para no encontrarse errante y soportar la angustia de la falta en ser.

En ese contexto, el sujeto supone dos caminos; uno sería continuar en un estado inmóvil a manera de estatua, misma que aguanta su vista hacia el horizonte para evitar voltear al suelo y darse cuenta que se sostiene con la ayuda de una raquílica balsa sobre cimientos fangosos, por otro lado, si decide desembarcar para encaminarse hacia un sendero diferente, teme morir ahogado en el supuesto pantano.

Por ello, el sujeto vive bajo una lógica de sufrimiento que le permite seguir versando sobre su condición, misma circunstancia que le resulta sintomática; es decir, paradójicamente cómoda-incomoda simultáneamente; sin embargo, continúa describiendo un padecer existencial, pero no hace nada en lo absoluto para cambiarlo.

En virtud de ello, el sujeto tiene un amparo ontológico sobre el cual escudarse para no hacerse responsable de sus elecciones y acciones; en consecuencia, es común escuchar en numerosos casos “así lo quiso Dios”, “es lo que me tocó vivir” o “es lo que el destino tenía designado para mí”. El “Yo” (Moi) es una construcción que protege al sujeto de la castración, y que sincrónicamente le aporta una finalidad a su existencia.

De tal modo, que el “Yo” (Moi) es el lugar desde el que se sostiene una trama histórica, una fantasía, una novela y un mito para formar una explicación sobre el origen de sí, mima edificación discursiva que pareciera no tener otra posibilidad de interpretación, tal como lo describimos en el caso del hombre de las ratas.

En virtud de ello, el ser sexuado más que una cuestión de género es una posición ante la vida, ya que articula las prohibiciones y permisiones, es decir una regulación simbólica ante el goce.

Lacan ya lo ha habia previsto al anunciarnos que no hay un significante en el Otro que pueda dar cuenta de nuestra existencia, pero que sin embargo esa falta es lo que permite invocar y atiborrar de sentido esa condición estructural, imponer el *Falo* y su significación ante la angustia de la incertidumbre, para lo cual tomar como referente simbólico el Nombre del Padre.

Empero, el sujeto en esas condiciones mantiene un sentir paradójico y ambivalente, ya que por un lado obtiene como antes lo mencionamos un amparo del Otro, pero sincrónicamente una voz nula de sí en cuanto a responsabilizarse de sus actos se refiere.

Por ello, en algunos casos no queda más que someterse a la tarea de una marioneta, la cual simplemente aparece en el escenario comandada por una serie de cuerdas cuya tensión proviene de Otros lugares.

En este contexto, la función del analista es cuestionar el discurso repleto de certidumbres del supuesto sujeto autónomo que se hace existir a sí mismo, para tratar de lograr una poetización del mito y por lo tanto un cambio de posición del mismo sujeto. “El arte del analista debe ser el de suspender las certidumbres del sujeto, hasta que se consuman sus últimos espejismos. Y es en el discurso donde debe escandirse su resolución.” (Lacan, 1953: 244)

Empero, no se trata de cualquier cuestionamiento de orden azaroso y ocurrente del analista, sino que en el transcurso de la narración mítica del sujeto parlante (no olvidemos que para este individuo es una narración de su verdad que experimenta en carne propia) el analista devuelve los significantes que expresa el analizante.

De manera que el sujeto pueda escuchar desde dónde y cómo está articulando tales argumentos que describen su imaginario vivencial, para lo cual el analista advertido de su función, estratégicamente atiende de la demanda y no a la demanda.

Es decir, el analista no se fascina del discurso del analizante desde el supuesto contenido que él expresa de acuerdo a su vivencia personal, ni tampoco desde la subjetividad del analista, sino que simplemente cuestiona ciertos significantes que insisten en el discurso del paciente porque no han sido escuchados.

Entonces aparece la función decisiva de mi propia respuesta y que no es solamente, como suele decirse, ser recibida por el sujeto como aprobación o rechazo del discurso, sino verdaderamente reconocerlo o abolirlo como sujeto. Tal es la responsabilidad del analista cada vez que interviene con la palabra.
(Lacan, 1953: 289)

Asimismo, no es fortuito las interrogantes sobre las palabras que el paciente expresa en su análisis, sino que la acentuación que el analista escuche tiene como finalidad abrir las posibilidades de sentido a través del uso de la metáfora, así pues, el discurso del analizante será reconfigurado hasta llegar a un vaciamiento de sentido.

Dicho cambio de sentido que no tiene que ver con la orientación que el analista ha de considerar el correcto, eficaz o apropiado; sino que es el sentido reconfigurado del mismo analizante quien es confundido por lo que dice y por la manera en que lo hace, por lo tanto se desconoce en su propio discurso, para luego escucharse e identificarse en lo que en un primer momento le parecía totalmente ajeno.

Es decir, sirviéndose del equívoco² del lenguaje que en su etimología nos refiere a una evocación equivalente, es decir lo que resuena y constituye al sujeto puede tener otras variantes metafóricas, cuya poetización desanuda la rigidez discursiva estructural.

² La palabra *equivocación* etimológicamente viene del latín: *aequalis*, *aequale*, significa igual y *voco*, *es*, *are* es llamar; es decir la voz igual, llamar de la misma manera a una cosa distinta. De la página de internet <http://etimologias.dechile.net/?equivocacio.n>

Dice Lacan “sin duda tenemos que aguzar el oído a lo no-dicho que yace en los agujeros del discurso, pero esto no debe entenderse como golpes que sonasen detrás de la pared” (Lacan, 1953: 295), sino que más bien deben buscarse dentro del mismo discurso como por ejemplo “Eres mi mujer, un sujeto pone en sí mismo el sello de ser hombre del conjunto” (Lacan, 1953: 287)

En este sentido, las frases del sujeto no son más que disfraces los cuales tienen como función primordial simular una identidad, es decir ser idéntico a sí mismo; no obstante, el analista no se deja fiar por las apariencias que el analizante exhibe de manera crédula, sino que de manera constante realiza cortes entre los ropajes imaginarios que recubren al sujeto.

Tales son los efectos del análisis que el mismo sujeto comienza a experimentar incomodidades con sus atuendos que antes le daban cierta seguridad existencial (continúo con la analogía), empero, el sujeto no queda del todo desnudo, ya que en ese trayecto en el que ha de liberarse de sus envolturas sincrónicamente encuentra remiendos que habían sido de su autoría.

Del mismo modo, el analista trabaja con los orificios del discurso del analizante, mismos que surgen cuando una frase que en esencia parecía contener una idea completa para el sujeto al argumentar de manera rotunda “este soy Yo”, sin embargo, el analista puede intervenir a través de algún significante que haya externado con anterioridad el paciente o quizá con un mero silencio que ha de desestabilizar toda la oración antes pronunciada.

Sujeto dice- “este soy yo.....Intervención ¿éste?.....”

Sujeto dice- “este soy yo.....Intervención.....¿Y?.....”

Sujeto dice- “este soy yo.....Intervención.....SILENCIO.....”

Y si esto soy “Yo”, esto no está en mí, es decir, me es ajeno, tanto como el “Yo” mismo, por lo tanto, soy “Yo” y otro al mismo tiempo, siempre en el intento de reflejarme e identificarme en el espejo de mi narcicismo.

Así pues, el psicoanalista, “llega así a analizar el comportamiento del sujeto para encontrar en él lo que no dice. Pero para obtener esa confesión, es preciso que hable de ello. Vuelve

entonces a recobrar la palabra, pero vuelta sospechosa por no haber respondido sino a la derrota de su silencio, ante el eco percibido de su propia nada.” (Lacan, 1953: 241)

De modo que, el sujeto se da cuenta de la fragilidad de su discurso ahora repleto de agujeros e inconsistencias, por momentos desconoce sus palabras y comienza a escucharse fragmentado, junto con ello deviene un ab-sentido³ que rápidamente renueva la posición del sujeto ante sus palabras.

Por lo cual, resulta un sujeto poetizado en su discurso, misma condición que ha de permitirle posicionarse de una manera distinta frente a su mito individual, su fantasía y su neurosis.

Adviene una existencia distinta, ya que esta nueva forma de producir una lógica simbólica, le permite realizar cambios insólitos en su entorno, en su vida y en sí mismo; ya que pasa de la rigidez ontológica a una singular poética de la existencia, ya que ahora puede construirse y reconstruirse, inclusive destruirse a través de su deseo.

Lo que está en juego en un psicoanálisis es el advenimiento en el sujeto de la poca realidad que este deseo sostiene en él en comparación con los conflictos simbólicos y las fijaciones imaginarias como medio de su concordancia, y nuestra vía es la experiencia intersubjetiva en que ese deseo se hace reconocer
(Lacan, 1953: 270)

De acuerdo con esto cuando hablamos de deseo hemos de referirnos a una posición en la que el sujeto logra acceder, ya que el deseo deviene conjuntamente con un ser deseante, un ser que está advertido de que tendrá que hacer movimientos para encaminarse a eso que quiere conseguir, lograr u obtener.

Sin embargo, ya no desde una postura en la que supone que llegará un momento en su vida donde logrará colmar, llenar o satisfacer ese deseo, sino que precisamente es el mismo deseo el que le permitirá seguirse construyendo a través de las elecciones que sostenga, disponga y asuma.

³ Neologismo en forma de sustantivo por la unión con guion de ab (privado) y sens(sentido). El conjunto suena como absense (ausencia) del libro “Comentarios a neologismos de Jaques Lacan” de Marcelo Pasternac editorial Epee, 2003.

Así pues, el sujeto está advertido que tendrá que hacerse responsable de cada una de sus elecciones; cuando hablamos de responsabilidad no nos referimos a que el sujeto se ve obligado a encaminarse en una elección única sobre la cual no puede hacer cambio alguno, sino que el mismo deseo el que le podrá servir de guía al sujeto para decidir las veces que le sea necesario, es decir, mantener una ética con el deseo.

Asimismo, al reposicionarse el sujeto a través de su análisis, sincrónicamente junto con él modificará la su postura al elegir, ya que en esta ocasión no se encontrará invadido por una falta que colocaba imaginariamente en cada una de sus elecciones, misma que jamás existió, ya que el mismo sujeto siempre supuso que había perdido algo al tiempo de acceder a una cosa en vez de otra.

Dicho lo anterior, es en este momento cuando comenzamos a hablar de una re-signación del sujeto, misma que habría de concebirse en dos sentidos complementarios: por un lado sería volver a signar lo ya signado, asignado y designado; y por el otro como ha de esclarecerse en su pronta definición la cual se refiere a la capacidad de resolución de las adversidades.

Es decir, el sujeto admite que se encuentra libremente limitado por, mediante y con la palabra; en este sentido, acepta que no puede decirlo todo, se resigna ante su búsqueda interminable sobre el origen, ya que da cuenta de su condición mitológica, no sin haber creado una nueva lectura subjetiva sobre el mismo relato.

No obstante, se resigna desde una postura activa, pues no se trata de que el sujeto de pronto deje de buscar lo que supuestamente habría de completarle, sino que precisamente advertido de su circunstancia fragmentaria, continúa en su conformación, deformación e hibridación.

Porque justamente esa falta es la que le permite seguir avanzando, ahora no desde una postura en la que supone que algún día podrá colmar o rellenar esa supuesta falta, sino que al saberse incompleto ha de encaminarse a seguir avanzando en su trayecto para alcanzar no todo su deseo, ya que si un deseo se completa en ese momento dejaría de serlo, debido a que para que exista deseo necesariamente tiene que haber algo que falta.

Aun si los recursos de la supresión familiar no fueran verdaderos, habría que inventarlos, y de ello no nos privamos. Eso es el mito, la tentativa de dar forma épica a lo que se obra de la estructura. (Lacan, 1970: 116)

En ese contexto, el sujeto asume un lugar de vacío que le conforma integralmente, en otras palabras, se responsabiliza de su castración, de sus límites y de sus fallas, se asume castrado, pero no inmovilizado, de tal modo que admite que en su trayecto vital quizá encontrará ciertas contingencias, caos, vacíos e interrogantes.

No obstante, en este recorrido el sujeto logra despojarse de sus lamentos conectados con el imperfecto del modo subjuntivo de cualquier verbo, es decir, hubiera, tuviera, fuera o pudiera; mismos verbos que realizan una relación estratégica mediante la falta entre el presente, el pasado y el futuro.

De tal modo que cuando el sujeto expresa “si yo hubiera hecho tal...” establece un relamo, desde su presente en condiciones de imposibilidad para realizar modificación alguna en aquel pasado que sucedió algún día, lo cual parece bastante lógico; no obstante, pierde de vista que a partir de su presente puede realizar ciertos cambios para encaminarse a realizar bajo otro contexto dicha situación aparentemente desaprovechada.

Del mismo modo, el sujeto ha de expresar en un sentido pasivamente anheloso “si yo fuera tal podría...” o “si yo tuviera tal sería...”, mismo acto en el que él supone que a partir de ciertas condiciones que aparentemente serían las ideales en su presente le conllevarían a una situación relacionada con un futuro perfecto, empero, al colocar de nuevo trascendentalmente una falta en su presente, ésta le imposibilita para realizar cualquier acción que le encamine a un cambio.

Por lo tanto, el sujeto bajo estas condiciones en cuanto a su relación con una supuesta falta se encuentra estancado, imposibilitado y atrapado entre un tiempo que no pudo ser y un futuro que nunca será. “Me identifico en el lenguaje, pero sólo perdiéndome en él como objeto. Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser.” (Lacan, 1953: 288)

En este contexto, aparece una posibilidad de acción para el sujeto al retomar su presente para realizar operaciones que por un lado le encaminen a ese futuro que se propone, ahora no aquejándose por las cosas que supuestamente le hacen falta para comenzar a actuar, sino responsabilizándose de su condición y en tanto emprender acciones que le conlleven a un cambio. Ya que “El análisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro.” (Lacan, 1953: 290)

En virtud de ello, el análisis resulta una experiencia simbólicamente imaginaria con efectos reales, misma que le permite al sujeto dejar de gozar de su falta a través de su reclamo, para encaminarlo hacia una posición más creativa, en la que asume su falta, aprende su lógica y a partir de ahí construye y desea.

Ya que le permite pasar del “*deseo de reconocimiento al reconocimiento del deseo*”, en el sentido de no predicar el deseo del Otro, sino crearlo a condición de ser hablante, es decir despojarse de la significación fálica atribuida por el Otro, como dice Lacan llegar a ser un hombre sin atributos, elevar el nombre a lo sublime.

Por un lado aceptar una mirada distinta al narcisismo, quizá asumir algo que ve el otro que yo no puedo ver de mí y que a veces no corresponde con la manera en la que deseo ser visto.

Asimismo dejar de utilizar a los otros para sostener el semblante fálico y ocultar la castración. Tener la facultad de permitirse no utilizar la potencia, vivir sin la necesidad de *Falo*, asumir que a veces falta y sostener una posición femenina, seguir disfrutando de las banalidades, pero advertido de la castración y del semblante del fálico, eliminar ideales para construir algo sin la necesidad de amos, retomar la singularidad mediante el reposicionamiento ante los discursos universales.

Por consiguiente saber hacer con las pérdidas; asumir una posición femenina del no todo fálico, vivir sin absolutos, ni categorías; no desde el sónico que carece de responsabilidad, sino procurando un cuidado de sí a través de la Ética con el deseo y estéticamente creando

en cada instante en el transcurso del vivir, en ese sentido posibilitando Otro-versamiento⁴ del fantasía.

Ya que el que se cuida a sí mismo no corre el riesgo de aplastar al otro, de someterlo a su deseo, ya que aprende de la diferencia y gracias a esta construye nuevas relaciones, se renuncia para el Otro, emerge una nueva existencia No supeditado a la ley ni escapando de ella, en ambos casos esclavo de su mandato.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Freud, Sigmund, Obras completas: *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) en: *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora) Tres ensayos de teoría sexual y otras obras (1901-1905)*. 2ª ed. 12ª reimp.- Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Freud, Sigmund, Obras completas: *La novela familiar de los neuróticos* (1908) en: *El delirio y los sueños en la <Gradiva> de W. Jensen y otras obras (1906-1908)* . 2ª ed. 12ª reimp.- Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Freud, Sigmund, Obras completas: *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909) en: *análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans) A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el << hombre de las ratas >>)* (1909). 2ª ed. 12ª reimp.- Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Freud, Sigmund, Obras completas: *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y neuróticos* (1913) en: *Tótem y tabú y otras obras (1913-1914)*. 2ª ed. 12ª reimp.- Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

4 He creado este neologismo que hace referencia al atravesamiento del fantasma y jugando con las palabras condensa al Otro y a su nueva forma de versarse desde la singularidad del estilo y de establecer un vínculo con ese Otro que ahora ya no existe más.

5 Ambos sentidos renunciar-abandonar voluntariamente y por el otro volver a enunciar; es decir poetizar el discurso del mito.

- Lacan, Jaques (1953), *Función y campo de la palabra en psicoanálisis*, en *Escritos I/* por Jaques Lacan; rev. Con la colaboración del autor y de Juan David Nasio ; tr., Tomás Segovia, Armando Suárez.-3ª ed.rev y corr.- México: Siglo XXI, 2009.
- Lacan, Jaques (1954), *El mito individual del neurótico o poesía y verdad en la neurosis* – 1ª ed. Buenos aires: Paidós, 2009.
- Lacan, Jacques (1966), *Seminario 14. La lógica del fantasma*, Clase 1. 16 de Noviembre de 1966 y Clase 5 del 14 de Diciembre de 1966, Inédito.
- Lacan Jaques (1970), *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión* - Traducción y notas de Oscar Masotta y Orlando Gimeno-Grendi Editorial Anagrama, Barcelona, Tercera edición, 1993